

El sujeto entre la interpelación y el ‘Yo’

JAN GUSTAFSSON

Copenhagen Business School (Denmark)

Abstract

El propósito de esta ponencia es discutir unas posibilidades, o propuestas, teóricas concernientes a la problemática de la relación entre sujeto y discurso. Asimismo, se intentará aplicar o ejemplificar esta propuesta en un breve análisis de un momento de una película del director cubano Tomás Gutiérrez Alea. La propuesta teórica girará en torno a dos conceptos pertenecientes a dos tradiciones semióticas (o parasemióticas) distintas: el de la interpelación, frecuentemente utilizada en la tradición postestructuralista y posteriores (cf. Althusser 1971, Laclau & Mouffe 1985, Žižek 1989, Laclau 2005) por un lado y, el de la deixis por otro, discutida por varios lingüistas y semióticos (cf. Jakobson 1971, Benveniste 1971). Ambos fenómenos —interpelación y deixis— tienen en común el ser mecanismos de relación entre el sujeto —individual y colectivo— y el mundo de los signos, visto como lengua y discurso. El discurso (o la ideología) interpela al individuo, convirtiéndolo así en sujeto socializado y semiotizado mientras que, mediante la deixis —sobre todo al decir o pensar ‘yo’— el individuo, y sujeto, entra al lenguaje y así al discurso y la semiosfera. Se propone ver estos dos fenómenos como mecanismos opuestos a la vez que interdependientes. La interpelación es un recurso de poder del discurso sin el cual este no tendría razón de ser, pero la interpelación solo resulta cuando la respuesta es un ‘yo’, o sea la aceptación de la interpelación mediante la deixis. Esta, a su vez, es un signo ‘vacío’, que solo logra su sentido (significado/interpretante) en contacto con el lenguaje ‘real’, o sea los signos, textos y discursos sociales y cargados de sentido que se mueven en la(s) semiosfera(s).

Al entrar en los estudios de identidades (culturales etc.) se complica aun más la relación entre ambos fenómenos, sobre todo porque la interpelación discursiva utiliza como recurso de imposición la deixis, en la forma de un inauténtico ‘nosotros’ identitario (por ejemplo nacional), con el que el ‘yo’ se identifica más fácilmente por confundirse con la deixis auténtica. Mediante el análisis de la relación entre el sujeto-narrador ‘Sergio’ y el discurso nacional-revolucionario en la película ‘Memorias del subdesarrollo’ (Gutiérrez Alea, 1968) se pretenderá ejemplificar la relación entre interpelación y deixis.

El objetivo de esta contribución es una aproximación, mediante elementos de la semiótica, al problema de la subjetividad por dos vías, una teórica y otra empírica. Desde el punto de vista teórico se pretenderá discutir algunas posibilidades de los conceptos de ‘deixis’ e ‘interpelación’ en relación con el de discurso, entendiendo ambos conceptos y fenómenos como elementos de articulación, tanto entre niveles de subjetividad —individual y colectivo— como entre sujeto y discurso. Esta articulación será también entre dos tendencias básicas de la semiosis, a saber: por un lado la tendencia a un proceso abierto e *ilimitado* y, por otro, la tendencia a cerrar y limitar el proceso semiótico, definiendo mediante mecanismos de poder las posibilidades de significado de la representación. Tal oposición, entre la idea de la semiosis como proceso ilimitado, por un lado, o como una serie limitada de posibilidades de significado por otro, frecuentemente se presenta como distintas opciones y tradiciones teóricas pocas veces yuxtapuestas o estudiadas en común. Ejemplos podrían ser la semiótica peirceana y la teoría del discurso en su versión de Laclau y Mouffe. Por ello, con el propósito de ver la oposición entre la tendencia ‘abierta’ y ‘cerrada’ como un fenómeno inherente a la subjetividad, se pretenderá interrelacionar dichos conceptos de ‘deixis’ e ‘interpelación’ (también pertenecientes a tradiciones distintas) como formas en que sujeto y discurso se relacionan, creando y constituyéndose mutuamente. Para comprender mejor este entramado relacional, propongo hacer uso también de los conceptos de *frontera* y *traducción*, propuestos por Lotman (1990) y potencialmente presentes en el trabajo de Peirce.

A nivel empírico se intentará realizar un breve análisis de esta problemática a partir de dos películas del realizador cubano Tomás Gutiérrez Alea. No se pretende un análisis de estas obras de cine en sí, sino más bien aprovechar que una de las temáticas principales de Gutiérrez Alea es la relación entre sujeto o ciudadano por un lado y el discurso y el poder nacionales por otro. En una de las películas, *Memorias del subdesarrollo* (1968), se aprecia un conflicto fundamental entre el sujeto individual(izado), cuyo ‘yo’ no halla su espacio dentro de un nuevo discurso nacional, radicalmente distinto y más poderoso de los anteriores. En *Fresa y chocolate* (1993) este conflicto se manifiesta de una forma mucho más concreta, en el conflicto entre dos versiones distintas del discurso y sujeto cubanos. En esta relación se aprecia no solamente el ‘yo’ deíctico auténtico frente al discurso, sino el ‘nosotros’ identitario, que se manifiesta como elemento deíctico, pero inauténtico y que en realidad forma parte de los mecanismos de interpelación.

1. SUBJETIVIDAD Y MECANISMOS DE SEMIOSIS

1.1. Sujeto, signo y frontera

Un presupuesto imprescindible para este trabajo, y descubierto ya por Pierce es que el hombre —en cuanto existencia a la vez individual y colectiva— es ‘signo’ (Ponzio 1990). Dicho de otro modo, el sujeto se forma en diálogo y semiosis, dos conceptos casi sinónimos o, que al menos se implican mutuamente (Lauge Hansen 2005). Lo que interesa en este contexto no es tanto seguir profundizando en este descubrimiento, sino más bien indagar sobre algunas implicaciones posibles del mismo, relacionados con el problema de la relación y tensión

entre, por un lado, dos tendencias de la semiosis —limitación e ilimitación— y por otro, el sujeto y 'lo social'. Al hablar de estas dos dimensiones de relación y tensión es importante subrayar que no se trata de entidades discretas, sino de dos tendencias siempre presentes en el proceso semiótico en un caso, y en el otro de dos dimensiones o niveles de lo humano: la subjetividad como fenómeno social y colectivo, que a la vez tiene una dimensión de individualidad y corporalidad. Para entender mejor cómo se relacionan estos (y otros) fenómenos a la vez opuestos e interdependientes, propongo hacer uso de otros dos conceptos, o más bien complejos conceptuales. Uno está ya implicado en los presupuestos mencionados, a saber, la idea de diálogo según Bajtín (1997 y 1997a; Holquist 1990), muy presente en varios trabajos sobre subjetividad y semiótica (incluyendo a Ponzio y Lauge Hansen).

El otro concepto se relaciona, a mi modo de ver, muy estrechamente con el de diálogo, aunque no siempre se manifiestan juntos. Se trata de la noción de *frontera* ('boundary' en la versión inglesa), formulada como concepto semiótico por Lotman (1990: 131 ff.; Gustafsson 2006). El concepto de frontera se relaciona con el de *traducción*, que a su vez nos devuelve al diálogo (Lotman 1990: 131 ff, 143): el diálogo implica *asimetría* —si no, no habría diálogo— y la asimetría y el diálogo requieren el mecanismo de *traducción*, o sea 'traslado' de sentido por encima de la frontera establecida por la asimetría. La noción de 'traducción' está presente ya en Peirce (CP 8.314; cf. Lizska 1989: 45; Shapiro 1983:12) donde opera como un mecanismo semiótico fundamental que tiene lugar cuando el *representamen* es interpretado y se va formando el *interpretante*.

Como es bien sabido, Peirce apunta hacia lo que Eco denominó la *semiosis ilimitada*, o sea un proceso continuo en tiempo y espacio en que la 'traducción' de un interpretante devenido representamen es otro interpretante. Este carácter ilimitado del proceso semiótico no implica que un signo se interprete infinitamente o que las posibilidades de significado sean ilimitadas. Sí implica que la interpretación de un fenómeno será siempre un signo y que este signo podrá siempre traducirse en otro signo, pero este proceso no transcurre en completa libertad, aunque la tradición peirceana sí se ha interesado más por el potencial de conocimiento del proceso semiótico que por las restricciones que también padece. Al respecto, cobra nuevo sentido la noción de frontera. Por razones de toda índole, la semiosis ha de detenerse en algún punto, ya sea porque la práctica cotidiana como el semáforo en rojo o el olor a carne chamuscada nos obliga a interpretar y actuar, deteniendo el vehículo o apartando la carne —propia o ajena— del fuego, ya sea porque razones y prácticas de poder (para mencionar tan solo un ejemplo) determinan que unos rasgos fenotípicos específicos se constituyan en una serie limitada de interpretantes que no solamente implican juicios de valor sino muchas veces las posibilidades del destino de una persona.

La costumbre y las prácticas, que son también costumbres y prácticas de *poder*, implican la existencia de fronteras (en la semiosis, a la vez que toda frontera es semiótica) que definen y cierran las posibilidades de interpretación (Gustafsson 2006). Las fronteras implícitas en un 'nosotros' (cf. abajo) pueden implicar la definición de una comunidad, como puede serlo la 'imaginada' comunidad nacional (Anderson 1983) o cualquier otro tipo de comunidad, siempre construida así, mediante la semiosis y sus fronteras. Lotman mismo (1990: 131) insiste en la importancia de esta 'primera frontera' identitaria que divide entre el espacio 'nuestro' y el 'ajeno'

mediante el uso de la primera persona^[1]. Pero como esta frontera es semiótica (y por tanto ‘construida’ socialmente y no dada por algo exterior a lo semiótico-humano) no es completamente impermeable, por rígida que pueda ser y aparecer. Aunque la semiosis es limitada, como en el caso de las fronteras raciales, el límite es borroso y movedizo porque, como ya apuntado arriba, la semiosis limitada e ilimitada no son fenómenos distintos, sino solamente tendencias dentro de un mismo fenómeno. Ello implica a su vez que la frontera no es simplemente cierre y semiosis limitada, sino más bien el espacio de traducción, donde la semiosis se abre y se cierra, donde tiene lugar el diálogo y la apertura hacia nuevos significados, pero también la exclusión y la represión de sujetos y significados. Comprender que la discriminación y el mestizaje, el diálogo y la guerra, la exclusión y la convivencia ocurren en el mismo espacio social (o sea, semiótico) es importante, independientemente de que se formule en términos semióticos o no, porque implica un entendimiento de los procesos sociales que no permite el maniqueísmo: en el mismo espacio social y semiótico donde ocurren las peores barbaridades han de buscarse los diálogos y las soluciones a los males.

Las teorías del discurso en sus distintas variantes contribuyen a la comprensión de las fronteras semióticas, es decir de las limitaciones de interpretación y significado que implica la formación de *discursos* (Foucault 1995; Laclau y Mouffe 1985), cuya limitación de sentido no se da solamente en cuanto el discurso en gran medida determina la *interpretación* de un fenómeno, sino la *constitución* misma de los fenómenos en cuanto objetos semióticos, es decir fenómenos comunicables. Pero las fronteras discursivas no son, ni pueden ser, totalmente sólidas. Los discursos y sus fronteras, constituidos por y constituyentes de lo social, son de material semiótico —manifestándose siempre como signos: texto verbal escrito y hablado, pensamientos, imágenes de todo tipo etc.— y, como tal están sujetos también a la ‘ley’ de la semiosis ilimitada.

Laclau (2005: 67-71), al explicar el término ‘significante vacío’ sostiene una argumentación parecida al hablar, en términos postestructuralistas, de sistemas de diferenciación que tienen lugar en ‘juegos de significación’ (‘signifying games’), es decir en una totalidad semiótica. Dentro de esta totalidad (siempre frágil) hay mecanismos de significación, como los significantes ‘vacío’ y ‘flotantes’ que crean una especie de significado ‘universal’ y hegemónico, como por ejemplo ‘la nación’. Así, el poder no queda fuera del discurso y del sistema semiótico como una entidad que predetermina un significado, sino que este poder se constituye dentro de los procesos semióticos como un mecanismo de limitación de estos. Pero este poder y este significado total sigue siendo objeto de conflicto y de procesos de cambio, dado que lo semiótico no solamente tiene fronteras que limitan, sino que también tienden al cambio, a la transgresión de los límites de significado impuestos.

[1] Lotman no distingue entre la primera persona en singular y plural en este contexto. Como se verá a continuación, prefiero distinguir entre un uso ‘auténtico’ de la deixis, que es cuando se establece una relación entre la presencia real de espacio, tiempo y persona por un lado (‘yo’, ‘ahora’, ‘aquí’) y el discurso/lenguaje por otro, y, el uso ‘no auténtico’ como cuando por ejemplo un ‘nosotros’ no corresponde a un grupo de personas realmente presentes, sino a una comunidad imaginada.

1.2. Discurso, deixis e interpelación

Arriba se ha propuesto que el concepto de discurso —en cuanto abstracción teórica y fenómeno empírico— representa una forma de tratar el problema de la semiosis limitada. El discurso y sus mecanismos de significación constituye, como también propuesto, un elemento fundamental para la subjetividad. Pero discurso —o textos, signos— y sujeto no son una y misma cosa aunque dependen uno de otro mediante un sinfín de funciones y mecanismos. Dos mecanismos principales en este sentido son la *deixis* y la *interpelación*.

La deixis es un fenómeno estudiado por varios lingüistas o semiólogos, entre ellos Jacobson y Benveniste. Según este último (1971: cap. VI), los signos deícticos principales se hallan en la pareja ‘tú-yo’, que en cuanto signos verbales son particulares por su indexicalidad ‘radical’, ya que rehúsan toda referencia anafórica o intradiscursiva. Son ‘signos vacíos’ en un sentido diferente al del ‘significante vacío’ de Laclau, pues su referencia es extradiscursiva y extralingüística. Esta particularidad hace que esta pareja de signos (en conjunto con otros signos deícticos, o *shifters*, según los denomina Jacobson) sea un elemento clave para la subjetividad humana. Mediante ellos, el ser humano real entra y sale del lenguaje y el discurso. Al decir ‘yo’ y ‘tú’, el individuo se constituye —a la vez constituye al otro— como sujeto que participa de lo social, del lenguaje y el discurso. En este sentido el lenguaje brinda la herramienta necesaria para que el individuo humano se haga sujeto, pero lo hace dándole una herramienta sin sentido prefabricado ni (intra)contextual, por lo cual es el ser humano el que se apropia del lenguaje y del discurso, más que al revés. Al mismo tiempo, insiste Benveniste (*ibid*), al tratarse de una pareja de signos o un signo doble, el ‘yo’ no es solamente un yo, sino por fuerza un ‘yo-tú’, un ‘yo-para-mí’ que es un ‘tú-para-tí’ del mismo modo en que ‘tú’ eres un ‘yo-para-tí’ y un ‘tú-para-mí’. La consecuencia es que el mecanismo de la deixis constituye a la subjetividad como *intersubjetividad*, o de modo relacional, en dos sentidos: (a) en cuanto la subjetividad implica que individuo humano entra en lo social y es convertido en ser social y colectivo mediante el lenguaje y el discurso y (b), porque esta constitución del ‘yo’ es a la vez la constitución del otro en el diálogo, el ‘tú’. El ‘vacío’ deíctico representa, en cierta forma, la ‘libertad’ de la semiosis abierta e ilimitada, muy diferente, como dicho, del ‘significante vacío’ de Laclau, que representa la tendencia contraria. Pero es una libertad e ilimitación hipotéticas, ya que las prácticas siempre harán que un ‘yo’ o un ‘yo-tú’ se incorporen al discurso con una serie de ‘señas de identidad’, que harán que cada ‘yo’ posible venga ya en alguna medida definido por otros signos, como el sexo, la edad, el nombre, la raza, la nacionalidad etc. A este efecto el discurso hace uso de otro mecanismo, el de la interpelación. La noción, sobre todo ha sido desarrollada por Althusser (1993) en relación con la de ‘ideología’ y los ‘aparatos ideológicos del estado’ y más tarde por Laclau y Mouffe (1985), quienes lo relacionan con el concepto de discurso, y por Žizek (1989).

La interpelación da cuenta de otro de los mecanismos principales de subjetivación, de internalización del contenido ideológico del discurso que se produce cuando este ‘llama’ al individuo diciéndole ‘tú’ eres lo que este discurso dice que eres, como por ejemplo ciudadano de esta nación. El discurso define y limita posibilidades de significado, pero para causar efecto requiere la complicidad del individuo al que convierte en *sujeto*, en el doble sentido de ser pensante y ser sojuzgado. Al aceptar el sujeto este ‘llamado’, empieza a llenar y limitar de significado su ‘yo’, con interpretantes como ‘hombre’, ‘mayor’, ‘cubano’, ‘negro’ (o lo que

sea). El 'vacío' y la libertad inherente al yo deíctico se va limitando y la semiosis busca algún punto entre la limitación y la ilimitación. Así, aunque en principio radicalmente opuestos, los mecanismos de interpelación y deixis entran en un juego de relación que crea un sujeto a la vez libre y limitado mediante la semiosis.

La frontera entre ambas tendencias constituye el espacio de encuentro donde se 'condensa' la subjetividad. Esta estrecha relación entre 'deixis' e 'interpelación' se ve claramente en el uso de la primera persona en plural cuando esta se manifiesta como un marcador identitario 'pseudodeíctico'. Uso la expresión 'pseudodeíctico', porque al referirse alguien a la nación como un 'nosotros', para dar un ejemplo, es evidente que ese 'nosotros' no representa a un grupo de personas presentes que habla al unísono, sino a la comunidad imaginada, que se imagina y representa mediante este uso del 'nosotros'. Aun más evidente queda el mecanismo si se pronuncia una frase como 'ayer perdimos [la selección nacional] el partido' (siempre y cuando no la diga un miembro de la selección). Al decir tal frase un ciudadano cualquiera, se contradice la lógica de la deixis, pero no la de la comunidad imaginada. Por eso debe quedar claro que el 'nosotros' identitario —sea del tipo de identidad que sea— no es un signo deíctico auténtico sino un instrumento de interpelación discursiva cuya fuerza radica justamente en su aparente calidad deíctica. Al oír y aceptar este nosotros, el individuo interpelado debe, en principio, responder con un 'sí', eso soy yo, soy ciudadano de esta nación y soy como dicen que somos. La imposible lógica deíctica del 'nosotros' identitario crea la ilusión-inversión de la función deíctica auténtica: ya dentro del discurso, el 'yo' vacío de significado recibe la plenitud semántica del 'nosotros', lo hace suyo y entra (o vuelve a entrar) en el lenguaje y el discurso con ese 'yo' ya dotado de sentido específico y limitado, dándolo por 'mi' auténtico 'yo' predeterminado, natural e indiscutible.

Como se ha visto, los conceptos principales de los dos mecanismos de subjetividad y subjetivación aquí discutidos pertenecen a tradiciones académicas y filosóficas distintas, pero no necesariamente incompatibles. Las ventajas de estudiarlos en conjunto radican tanto en sus similitudes como en sus diferencias. Su principal semejanza se encuentra en el hecho de que ambas nociones dan cuenta, cada una a su manera, de la subjetividad como *relación* entre lo individual y lo colectivo. A la vez se ha visto cómo el mecanismo del pseudodeíctico 'nosotros' identitario crea una relación entre interpelación y deixis. Lo que los diferencia, a mi modo de ver, es que representan dos visiones distintas de esta relación: la teoría del discurso y las nociones de ideología (y 'mito') e interpelación toman su punto de partida en el discurso (o la ideología) y sirven para analizar críticamente cómo procesos de subjetividad y subjetivación implican una serie de limitaciones y fronteras de significado, mientras que la función deíctica toma como punto de partida el individuo humano, que mediante el 'yo' (o 'yo-tú') entra en el casi infinito universo del lenguaje y los signos como sujeto. Justamente esta diferencia entre los dos conceptos principales aquí discutidos, brinda una posibilidad de ver al sujeto no como totalmente libre ni como una simple 'posición' en el discurso, sino como una contradictoria combinación de estos (y muchos otros) mecanismos. En lo que sigue, se pretenderá una aproximación a estas ideas mediante un breve análisis de dos casos cinematográficos.

2. BREVE ANÁLISIS EMPÍRICO: SUJETO, INTERPELACIÓN, NACIÓN

2.1. Punto nodal: Revolución y nación

“Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”. Estas palabras famosas de Fidel Castro (1976: 147) representan un elemento central del discurso nacional-revolucionario, es decir el discurso que se mantiene en el poder en Cuba desde 1959. Los detractores de Castro y de la revolución cubana han visto en estas ‘palabras a los intelectuales’ de 1962 un claro aviso de lo que para ellos sería una dictadura férrea, mientras los defensores las ven como anuncio de que la Revolución (con mayúscula) no solamente realizaría la utopía de la igualdad social, sino que también establecería un gran espacio para la creatividad artística e intelectual. Más allá de tal polémica, creo ver en estas palabras una interpretación de lo que puede considerarse el eje semántico fundamental —es decir, el punto nodal^[2]— del discurso nacional-revolucionario cubano: la conjunción de ‘nación’ y ‘Revolución’ (Gustafsson 2005, 2008).

Esta articulación de dos elementos identitarios brinda al discurso revolucionario cubano un punto nodal particularmente espeso, una suerte de verdad última del que no hay un ‘afuera’ posible. Puede haber un ‘contra’ (los contrarrevolucionarios, el imperialismo, los liberales burgueses, la escoria etc.), pero no cabe para el discurso una posición tercera, pues sería para el discurso imposible interpelar a un sujeto que no aceptase esta ‘verdad’, aun cuando fuera para denigrarla. Tras pronunciar dichas palabras, Castro identifica explícitamente *Patria* y *Revolución* dando cuenta de una práctica discursiva que se mantiene hasta hoy. Al identificar estos dos elementos, el discurso revolucionario se apropia de un arma esencial del discurso político e identitario del siglo veinte (y el veintiuno, hasta ahora), dando a entender que para ser cubano, y así parte del ‘nosotros’ fundamental, hay que ser también revolucionario. El empleo y la fuerza de esta estrategia ha quedado evidente en el uso de palabras como ‘gusanos’ y ‘escoria’ para representar a contrarrevolucionarios y disidentes, cuya denigración no solamente deshumaniza, sino que ante todo ‘descubaniza’ al otro.

El análisis de las palabras de Castro contribuyen a mostrar cómo se crea una relación entre lo político (la ‘Revolución’) y lo espacial-identitario (la nación) y con ello un mecanismo de exclusión doble: la ausencia de una correlación semántica exacta entre el adverbio espacial ‘dentro’ y el término opuesto de la frase, ‘contra’, que indica una posición moral o política abstracta, implica la existencia de otros dos polos que serían ‘fuera’ y ‘por’, correspondiendo respectivamente, con ‘dentro’ y ‘contra’. O sea, la oposición ‘dentro-contra’ contiene su alternativa, ‘por-fuera’. La frontera que delimita el discurso excluye explícitamente lo que está ‘contra’, pero implícitamente distingue de una manera más radical: la posición que no está ‘por’ (a favor) se ve relegada a la posición de ‘fuera’. Esto lo experimentan en cierto grado tanto el protagonista de *Memorias* como el de *Fresa y Chocolate* al no hallar un espacio para su subjetividad que constituya una alternativa que no sea ni el discurso fidelista ni los antirrevolucionarios de Miami.

[2] La noción de ‘punto nodal’ (‘point de capiton’) la creó Lacan y ha sido usado por Žižek (1989) y en la teoría del discurso de Laclau y Mouffe (1985). Brevemente dicho, el punto nodal representa el signo que ‘sutura’ el discurso en su conjunto y que define aquello ‘intocable’ e incuestionable que sostiene al discurso.

2.2. ‘Dentro’ o ‘fuera’ – el sujeto en ‘Memorias’ y ‘Fresa y chocolate’

Memorias del subdesarrollo, basado en la novela homónima de Edmundo Desnoes (1965), puede caracterizarse como un largo monólogo de ‘Sergio’^[3], el protagonista, en el que la memoria y la experiencia van creando un discurso de distanciamiento frente a su pasado reciente de clase media bien situada y frente a la ex-mujer, familia y amigos que han abandonado Cuba para exiliarse en los Estados Unidos. Al mismo tiempo este discurso no puede ni quiere identificarse con el discurso revolucionario —al cual no rechaza tampoco— ni con lo que ve como la ‘esencia’ de lo cubano, el ‘subdesarrollo’. Este subdesarrollo no se manifiesta para el protagonista como un hecho principalmente económico, sino más bien en el carácter y comportamiento de la gente.

Los intentos por mantener un discurso propio de subjetividad individual ‘dentro’ de Cuba resultan cada vez más difíciles. Tanto ‘lo real’ como el nuevo discurso de lo nacional van reduciendo hasta el último reducto la posibilidad de una identidad propia del protagonista: “*El único refugio que tengo está en mi cabeza y hasta (a) ese rincón ha entrado a trompicones la revolución.*”^[4] Pero lo que entra no es solo la revolución, lo nacional, sino también lo global, en la forma de la amenaza de guerra nuclear que no distingue ni ideologías ni subjetividades a la hora de cobrar víctimas. Hacia el final, solo y encerrado en su casa, dirá la frase siguiente: “*Moriré igual que los demás. Esta isla es una trampa, somos muy pequeños y demasiado pobres.*” Esta frase contiene una dimensión muy importante: el sujeto pasa del singular al plural. El ‘yo’ se convierte en un ‘nosotros’. El discurso nacional, pese a la resistencia de Sergio y de sus deseos de ser distinto y ‘vivir como un europeo’, ha interpelado con fuerza suficiente como para que el ‘yo’ se confunda con el ‘nosotros’. Este ‘nosotros’ de Sergio se confronta inmediatamente con el ‘nosotros’ nacional-revolucionario de un trozo de discurso ‘real’ de Fidel Castro intercalado en la cinta (y en la novela): “A nosotros no nos inspecciona nadie. [...] Todos – hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos somos uno en esta hora de peligro”. Este es un momento crucial de la película, el único en que parece haber cierta coincidencia entre el discurso subjetivo de Sergio y el discurso identitario oficial. El punto nodal ‘nación-revolución’ está sintetizado en este ‘nosotros-uno’ en las palabras de Castro y frente a la amenaza exterior Sergio se aproxima a una identidad nacional, al ‘nosotros’.

El sujeto Sergio se aproxima al espacio discursivo de la revolución, en cierta forma está ‘dentro’, pero a la vez el discurso nacional-revolucionario, está dentro de él. La contundencia del discurso oficial no deja un espacio real y efectivo para alternativas, ni siquiera a nivel de subjetividad individual. La fuerza de interpelación del discurso oficial tal vez permita contradecirlo, pero no esquivarlo. Según esta interpretación de la película ni Sergio ni ningún otro sujeto cubano puede hallar un sitio ‘dentro’ que no sea el que le brinda el discurso oficial. Esta fuerza de interpelación, sin embargo, no se debe exclusivamente a una intención totalizante por parte del poder político nacional cubano, sino también a la fuerza misma del ‘otro’ del discurso,

[3] Es su nombre en la película, el cual coincide con el actor que interpreta el personaje (Sergio Corriere), hecho que junto con otros (la aparición de Desnoes y Gutiérrez Alea en la película, el montaje de imágenes documentales intercaladas etc.) subraya la relevancia de una lectura contextual de esta cinta. En la novela no se identifica el protagonista con un nombre propio.

[4] La cita pertenece a la novela (Desnoes 2006).

Estados Unidos, el imperialismo o como se llame. Discurso tanto como contradiscurso oficiales apuntan hacia lo mismo: negarle a la subjetividad (cubana, en este caso) un espacio alternativo que brinde al individuo otras opciones discursivas dentro del colectivo nacional.

Esta es la situación que sufre el protagonista (o uno de ellos), Diego, de *Fresa y chocolate*, aunque de un modo más explícito que Sergio. El conflicto que se presenta en esta película no es entre un sujeto puro, un 'yo', y el discurso que interpela y llena de obligado sentido, sino entre dos versiones del discurso nacional. Una, la representa el co-protagonista David, un joven revolucionario muy parecido al 'hombre nuevo' guevariano, y la otra pertenece a Diego, un poco mayor, intelectual y homosexual. Gran parte de la crítica y de los análisis ha visto en *Fresa y chocolate* una crítica y ajuste de cuentas con las prácticas homofóbicas de las primeras décadas de poder revolucionario. Esta dimensión obviamente está presente y es importante, pero convertirla en la principal implicaría una reducción. El drama de Diego tiene que ver con su orientación sexual y la discriminación que sufre por ella, pero también con una visión de lo nacional (cubano) que se aleja del sujeto revolucionario y patriótico al que pretende interpelar el discurso. Diego valora una serie de otros elementos de la 'cubanía' que —según él— desprecia el discurso oficial, pero no está en 'contra' de la Revolución y su pretensión es mantenerse 'dentro' del territorio y la identidad nacionales con un discurso que no es ni el oficial ni el contradiscurso 'oficial', es decir el discurso anticastrista identificado con la 'comunidad' cubana en Miami. El gran acierto de este largometraje consiste en demostrar la lógica de exclusión, no sola ni principalmente de los homosexuales, sino de todo intento de formular una posición distinta para el sujeto que las dos que ofrece el discurso: 'dentro/contra' o 'fuera/a favor'. Arriba, se ha formulado esto en términos teóricos. Gutiérrez Alea lo muestra en una estetización de la realidad nacional cubana, pero los dos tipos de conflicto mostrados en *Memorias* y *Fresa*, respectivamente, no son exclusivos de la Cuba revolucionaria, aunque este contexto histórico da su versión particular de ellos. Ambas películas han sido rodadas, producidas y exhibidas en Cuba, y, probablemente acercándose al límite de lo decible. Pese a las ambigüedades (probablemente intencionadas) de las dos obras, su 'solución' del conflicto entre sujeto y discurso no es alentador: Diego opta hacia al final por el exilio, abandonando la amada isla y la esperanza de obtener un espacio propio dentro del discurso y espacio nacionales. Sergio, a su vez, sufre un conflicto más existencial, pues es y seguirá siendo 'extranjero' en Cuba y en la Revolución, como probablemente lo hubiera sido en Miami, de haber acompañado a su esposa, padres y amigos al éxodo. La diferencia entre los conflictos implica también una diferencia en el potencial crítico: en *Fresa y chocolate* a la Revolución se le critica por su ceguera e incapacidad de incorporar a lo nacional a aquello que se sitúa al margen, pero sin que la obra se posicione en general en contra del discurso revolucionario. En *Memorias* se vislumbra una crítica potencial hacia un discurso de poder aún joven y vigoroso que amenaza con transformarse en una totalidad (esa totalidad que en *Fresa y chocolate* no admite la homosexualidad ni la crítica ni la visión alternativa), pero lo que se aprecia más profundamente es un conflicto entre sujeto y poder (y los signos de ambos). Y este conflicto es y no puede ser sino, trágico, por la misma condición humana y social: ser sujeto es ser un 'yo' y se experimenta, como en el caso de *Memorias*, como esa libertad ilimitada que da el vacío. Pero este vacío del signo subjetivo principal ha de llenarse de algún sentido para que este 'yo' exista y funcione como un ser humano y social. La semiosis ilimitada es un horizonte, pero la práctica diaria

nos obliga a todos los ‘yoes’ a buscar signos e interpretantes que nos limitan como sujetos a la vez que nos llenan de sentido y significados concretos. Así somos y seremos ‘mujer’, ‘homosexual’, ‘blanca’, ‘hombre’, ‘mulato’, ‘cubano’, ‘húngaro’ etc. y así hallamos un espacio que nos puede gustar o no, pero que no solamente nos es forzado en alguna medida, sino que ante la angustia que puede ocasionar la libertad y semiosis ilimitada (o la pérdida de ellas) brinda el consuelo de un lugar en el mundo. Aunque este lugar lo brinda, en gran medida, el discurso del poder y el poder del discurso.

REFERENCIAS

- Althusser, Louis (1993): *Essays on Ideology*. Londres: Verso
- Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities*. Londres: Verso.
- Bajtín, Mikhail (1997): *Estética de la creación verbal*. México D.F.: Siglo Veintiuno.
- (1997a): *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores. Y otros escritos*. Barcelona: Anthropos.
- Benveniste, Emile (1971): *Problemas de lingüística general*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Castro, Fidel (1976): *Obras escogidas*. Madrid: Fundamentos.
- Desnoes, Edmundo (2006): *Memorias del subdesarrollo*. Sevilla: Mono Azul.
- Foucault, Michele (1995): *Arqueología del saber*. México D.F.: Siglo Veintiuno.
- Gustafsson, Jan (2005): “Mellem jegets tomhed og diskursens ubærlige tyngde. Subjektivitet og interpellation i ‘Minder fra underudviklingen’.” En: Degn, Gustafsson y Henriksen (eds.): *Subjektivitet, sprog og erfaring i en transkulturel kontekst*. Aalborg: Aalborg Universitetsforlag.
- (2006): “Culture and Interculturality as Signs and Boundaries.” En: Dahl, Jensen & Nynæs (eds.): *Bridges of Understanding. Perspectives of Intercultural Communication. A Reader*. Oslo: Unipub. Oslo Academic Press.
- (2008): “Lo nacional y lo utópico como recursos identitarios”. Aarhus: *Diálogos Latinoamericanos*, Spring/Primavera 2008.
- Hansen, Hans Lauge (2005): “Det dialogiske subjekt. Et semiotisk begreb om subjekt, identitet og erfaring.” En: Degn, Gustafsson y Henriksen (eds.): *Subjektivitet, sprog og erfaring i en transkulturel kontekst*. Aalborg: Aalborg Universitetsforlag.
- Holquist, Michael (1990): *Dialogism*. Nueva York: Routledge.
- Laclau, Ernesto (2005): *On Populist Reason*. Londres: Verso.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1985): *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso.
- Lizska, J. (1989): *The Semiotic of Myth*. Indianapolis: Indiana University Press.
- Lotman, Yuri (1990): *Universe of the Mind. A Semiotic Theory of Culture*. Londres: Taurus.
- Peirce, Charles Sanders (1994): *Collected Papers*. Harvard 1931-1958.
- Ponzio, Augusto (1990): *Man as Sign*. Nueva York: Mouton de Gruyter.
- Shapiro, M. (1983): *A Sense of Grammar*. Bloomington: Indiana University Press.
- Zizek, Slavoj (1989): *The Sublime Object of Ideology*. Londres: Verso.